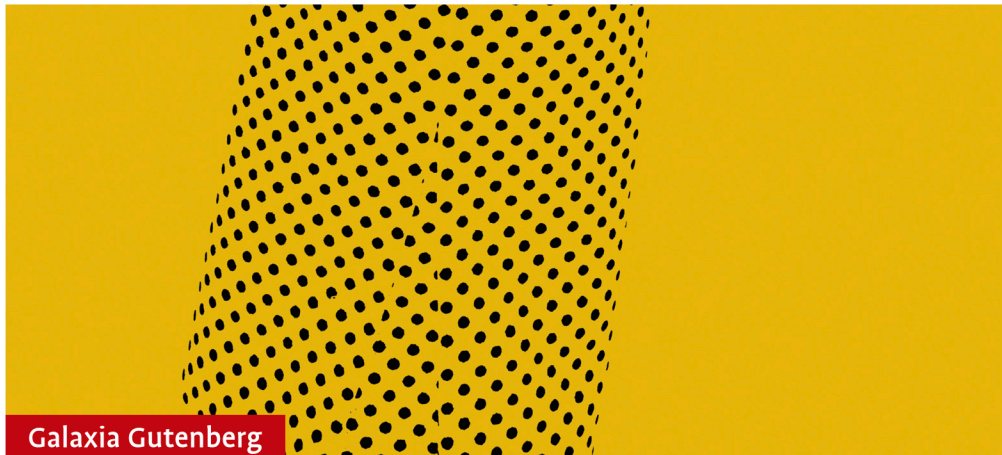




Mitsuyo Kakuta

Luna de papel

Traducción del japonés de Yoko Ogihara
y Fernando Cordobés



Galaxia Gutenberg

MITSUYO KAKUTA

Luna de papel

Traducción de
Yoko Ogihara y Fernando Cordobés

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Kami no tsuki*
Traducción del japonés: Yoko Ogihara y Fernando Cordobés

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2023

© Mitsuyo Kakuta, 2012
Reservados todos los derechos

La edición original en japonés la publicó Kadowaka Haruki Corporation, Tokio.

Esta edición en lengua castellana se ha publicado según acuerdo
con la autora a través del Bureau des Copyrights Français, Tokio

© de la traducción: Yoko Ogihara y Fernando Cordobés, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 1768-2023
ISBN: 978-84-19392-35-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Prólogo

¿Será fácil desaparecer, borrarse de la faz de la Tierra?

Rika Umezawa empezó a hacerse esa pregunta apenas unos días después de llegar a Chiang Mai, en Tailandia. Para ella, desaparecer no equivalía a morir, más bien a desvanecerse, a hacerse invisible. Siempre había dado por hecho que algo así era imposible, y si había llegado al lugar donde se encontraba en ese momento era, precisamente, para cambiar de idea.

La ciudad aún no había alcanzado el nivel de desarrollo ni de ruido de Bangkok. Desde luego que era mucho más pequeña. No obstante, abundaban los turistas, muchos de ellos extranjeros llegados allí por pura casualidad tras largos periplos. Entre los numerosos hoteles, *guesthouses*, restaurantes y tiendas de suvenires del centro, sobrevivían algunos templos. De noche, los puestos callejeros lo inundaban todo, convertían la ciudad en un gran bazar al aire libre habitado por vendedores y turistas entregados a deambular de acá para allá en ese océano de luces resplandecientes. Rika, por su parte, no tenía el propósito de hacer turismo ni la intención de comprar nada.

Una pareja joven de turistas occidentales elegía una camiseta en uno de los numerosos puestos nocturnos. Unas chicas sentadas en cuclillas, que parecían japonesas, revolvían pulseras y collares en una tienda de accesorios. Otro grupo más

allá, chinos en ese caso, rodeaban la talla de un elefante sin dejar de escupir mientras regateaban el precio. Una mujer de mediana edad ataviada con un pareo señalaba una bandeja de comida y pedía que se la preparasen para llevar. Un grupo de chicas tailandesas vestidas a la última moda de Shibuya se divertía sin soltarse del brazo. Olía a especias por todas partes, a aceite, a arroz tailandés.

Sin duda que en Bangkok había mucha más gente, pero por alguna razón a Rika le parecía imposible desaparecer en esa ciudad y por eso le daba miedo. Así que se había encerrado en el cuarto húmedo y asfixiante del *guesthouse* donde estuvo alojada la mayor parte del tiempo.

Chiang Mai, por el contrario, era distinta, más intrincada, más confusa, más rica en sombras. Eso pensaba ella, al menos. En cuanto a temperatura y humedad no había tanta diferencia con la capital, pero en muchos rincones iluminados por el sol le parecía ver agujeros negros abriendo sus grandes bocas. Ya fuera por la mañana o a mediodía, la ciudad entera daba la impresión de esperar indolente la caída de la noche.

En los rincones, en las sombras dispersas por la ciudad, se ocultaban, según creía Rika, personas que no eran ni turistas ni tampoco sus habitantes autóctonos. Quizás eran viajeros atrapados allí e incapaces de regresar a sus lugares de origen después de largos vagabundeos; gente incapaz ya de distinguir entre la realidad y la ilusión por abusar de drogas baratas; gente, en definitiva, que había perdido un hogar al que volver, gente que huía de algo... Era precisamente esa densidad, todas esas sombras e intersticios propios de la ciudad, lo que les permitía, según Rika, quedarse allí.

Paseaba de noche por el bazar para asegurarse de que no se encontraría a nadie, porque se sentía más a salvo fuera que encerrada en el cuarto donde se alojaba. Las sombras le ofrecían protección. No deseaba nada. Nada despertaba su inte-

rés, ni los vestidos de seda, ni los anillos engastados con piedras preciosas. Ni siquiera una humilde postal. Disfrutaba, eso sí, del espectáculo de los artículos expuestos a pie de calle bajo el resplandor de luces ubicuas. Si le daba hambre comía sopa de tallarines o arroz frito en alguno de los incontables restaurantes o puestos callejeros con los que se topaba en el camino. Las camisetas y las faldas de mala calidad que había comprado en Bangkok tenían un aspecto cada vez más deslucido, cada vez más sucio a pesar del afán que ponía en lavarlas.

Bajo las luces y sumergida en el bullicio tenía la seguridad de que nadie la encontraría; la dominaba una gran excitación, le daban ganas de ponerse a gritarle a todo el mundo que podía hacer lo que le apeteciera, ir donde quisiera, conseguir cualquier cosa que se propusiera. No, mejor aún: todo lo que quería lo tenía al alcance de la mano.

No hacía mucho tiempo había tenido la misma sensación, recordó. Sus temores desaparecieron, nada le daba miedo, aunque aquello había sido algo mucho más grande y por eso se sentía extraña. «¿Me siento así porque he ganado algo –se preguntaba– o porque lo he perdido?»

I

YUKO OKAZAKI

Yuko Okazaki extendió sobre la mesa una separata publicitaria del periódico de la mañana. Bolígrafo rojo en mano, se concentró en comparar las ofertas de varios productos del supermercado. La ventana estaba abierta, pero ni aun así se colaba la más mínima brisa en el interior de la casa. Dependiendo de cómo daba la luz, aparecían y desaparecían motas de polvo suspendidas en la atmósfera de la habitación. De alguna parte le llegó el llanto de un niño seguido de la voz airada de su madre.

En el supermercado al otro lado de la estación estaban de oferta las latas de atún y el pan de molde. En otro un poco más allá hacían un cuarenta por ciento de descuento en todos los productos congelados. En el del barrio contiguo al suyo, el treinta por ciento en todos los cárnicos. Podía ir primero a ese, pensó, de paso podía comprar en Yuzawaya unas telas que le hacían falta y, de regreso, podía acercarse a por algo de comida congelada. Era un trayecto en bici de apenas una hora. Metió en el bolso el sobre con el dinero para los gastos de la semana, se puso en pie y cerró la ventana. Mientras pedaleaba se acordó de Rika Umezawa, aunque cuando se conocieron su apellido de soltera era Kaki-moto.

Rika Kakimoto había sido su compañera en la escuela secundaria y en el instituto, pero no una de sus mejores amigas. De hecho, seguía sin tener claro si podía considerarla amiga suya o no. Cuando vio su nombre publicado en la prensa, es decir, su nombre de casada, Rika Umezawa, al principio no se dio cuenta de que se trataba de ella. Tampoco cuando vio las fotos un tanto borrosas que acompañaban la noticia. Ambos nombres terminaron por conectar cuando la llamó una excompañera del instituto con quien había perdido el contacto desde hacía años.

–Rika Umezawa... Es Rika-chan, Rika Kakimoto –le dijo esa mujer de quien apenas recordaba su cara–. Me ha llamado Sachiko para contármelo y no dábamos crédito. No nos podíamos creer que se tratase de la misma Rika.

–¿Cómo has conseguido mi número de teléfono? –le preguntó Yuko aún con serias dificultades para entender de qué le hablaba en realidad.

–¿No te acuerdas? Nos vimos en una reunión de antiguas alumnas hace siete años –le explicó ella–. También vino Rika y eso que ella no solía venir nunca a nuestras reuniones. Ahora que lo pienso, ya por entonces debía andar enredada en ese asunto... Me cuesta trabajo creerlo porque era una chica muy formal, estaba casada, era muy atractiva. En fin, dejemos eso por ahora. Hicimos una lista de contactos, ¿te acuerdas? No estaba segura de si te iba a localizar en este número, pero... ¡Ah, por cierto! No te llamaba para hablarte de Rika, sino para decirte que volveremos a reunirnos dentro de poco. Te mandaré una invitación en breve.

Mientras escuchaba la voz de esa mujer, Yuko no pensaba en Rika Kakimoto, sino en sí misma cuando aún era Yuko Oda, una mujer soltera que ya vivía en esa casa.

–¡Menuda sorpresa! ¡Rika...! –La voz al otro lado del teléfono se estaba repitiendo, como si con eso fuera a arrancarle

un comentario, pero lo único que obtuvo de ella fue un lacónico «sí».

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —la interpeló de nuevo para sonsacarle algo más que un simple murmullo.

—¿Por qué? ¿Quieres que llame a alguien yo también?

Su antigua compañera se quedó atónita al otro lado del teléfono.

—¿Qué dices? No es tan urgente —dijo al fin—. Ya hablaremos cuando nos veamos en la fiesta.

Y tras decir aquello, colgó.

Una mujer de alrededor de cuarenta años empleada de una sucursal de las afueras del banco Wakaba se había apropiado de una suma de alrededor de cien millones de yenes. La noticia se había conocido en primavera y, según decía, la autora del delito había desaparecido. Tras la llamada de su excompañera relacionó al fin a ambas Rikas, pero, al hacerlo, solo consiguió perder todavía más el sentido de la realidad, quizás por culpa de esa exorbitante cantidad de dinero.

No habían conseguido detenerla. En la televisión y en los periódicos acostumbraban a retomar viejas noticias para actualizarlas, para que la gente no se olvidara de ellas. Pasaban los días y Yuko pensaba cada vez más a menudo en Rika. Sin embargo, los medios parecían haberla olvidado por el momento. ¿Iría ella también en su bicicleta a comprar productos de oferta? En una revista semanal dirigida al público femenino había leído un artículo en el cual aseguraban que, nada más casarse, Rika lo dejó todo para ser ama de casa. ¿Le preocupaba ahorrar en la compra como a todas las demás amas de casa o, por el contrario, se dedicó a despilfarrar porque no tenía hijos?

Yuko pensaba en Rika sin proponérselo. Dejó la bicicleta en el aparcamiento del sótano y subió al supermercado. No se distrajo en mirar nada y fue directa a la sección de cárnicos.

«En el supermercado –había leído en otra revista–, lo mejor es no distraerse con nada, ir directos a por lo que necesitamos.» Era uno más de esos trucos prácticos para no gastar dinero sin sentido.

Metió en la cesta un paquete de alitas de pollo, una bandeja de panceta y otra de carne picada de cerdo y se dirigió a la caja sin mirar siquiera ninguna de las estanterías. Había un poco de cola. Miró sin querer el contenido de la cesta de la mujer joven que la precedía en la fila: espaguetis, *yakisoba*, dos salsas preparadas para pasta, pan de pasas, *dorayaki*, flan, cebollas, concentrado de curri, salchichas y fideos instantáneos. La típica compra de una persona que va al súper sin ton ni son, pensó, que se dedica a pasear de acá para allá a ver qué encuentra. No obstante, reconocía que había algo de placentero en ello, una especie de libertad al poder echar en la cesta todo lo que a una le apetecía.

Cien millones de yenes.

De nuevo, esa suma ocupó todos sus pensamientos y, sin apartar la vista de la mujer de delante, se preguntó qué aspecto tendría todo ese dinero junto. Si pudiera disponer de esa cantidad cancelaría en el acto su hipoteca y aun así su marido y ella dispondrían de cinco veces más dinero para gastos personales del que tenían en ese momento. Incluso le alcanzaría para pagar las clases de piano que su hija Chikage le reclamaba desde hacía tiempo. Podría comprarle un piano de cola, cambiar de coche, pagarle a la niña un instituto privado después de la secundaria, una academia de apoyo. Si Rika Umezawa era la misma Rika Kakimoto que conocía ella, en qué iba a gastar semejante fortuna.

Yuko había estudiado en una escuela secundaria y un instituto femeninos en Yokohama, muy cerca de la ciudad de Kawasaki. Para llegar allí tomaba el tren de la línea Denentoshi. En tercero de secundaria coincidió con Rika Kakimoto y,

más adelante, en el segundo y el tercer año de instituto. Siempre estuvo delante de ella por orden alfabético y también siempre la tuvo muy presente porque poseía una belleza fresca y natural, como la de un jabón recién empezado. Por aquel entonces Rika no se pintaba los labios, no llevaba pendientes a escondidas ni tampoco se peinaba a la moda como sí hacían muchas de sus compañeras saltándose las normas de la escuela. A pesar de todo, había algo en ella que llamaba poderosamente la atención de las demás. Sacaba buenas notas sin llegar a ser una alumna ejemplar y, por alguna razón, su uniforme destacaba a pesar de que no le hacía ningún arreglo. No participaba de las burlas ni de los acosos que se producían de vez en cuando. Hablaba con todo el mundo, profesores incluidos, sin hacer distinciones. Cuando empezaron el instituto parecía mucho mayor que las demás, a pesar de que todas se pavoneaban de su experiencia en el sexo.

Yuko se matriculó en una universidad del centro de Tokio, y Rika, que siempre había sacado mejores notas, en lugar de estudiar un grado superior, como todas suponían, optó al final por uno medio. Su esperanza de seguir siendo compañeras se vio frustrada y ya no tuvieron ocasión de intimar más. Además, como Rika estudiaba en la prefectura de Kanagawa y Yuko en Idabashi, en pleno centro de Tokio, su relación no solo se enfrió, sino que ni siquiera se daba la circunstancia de cruzarse por ahí de casualidad.

Se vieron en un par de ocasiones después de terminar el instituto. La primera cuando Yuko aún no había terminado la universidad, a principios de los ochenta. Fue en la primera reunión de antiguas alumnas del instituto. No pensaba que las compañeras que lo organizaron fueran a acordarse de ella, pero ella se arregló y fue al hotel de Shibuya donde se iba a celebrar el encuentro. Acudieron muchas, más de ciento setenta en total. Rika también.

Apenas hubo entrado en la sala, Yuko echó un vistazo a su alrededor y enseguida la vio. Seguía tan guapa como siempre. No llevaba un vestido especialmente llamativo, pero le daba un aspecto refinado, elegante. Iba poco maquillada, un toque de distinción con el que atraía hacia sí todas las miradas. De entre todas las presentes ella parecía la más madura, la más adulta.

Yuko anhelaba ser su amiga y al resto de sus compañeras debía de sucederles otro tanto. Pero no quería ser una amiga más, sino su amiga íntima, una a quien confesase sus inquietudes, sus preocupaciones.

Se acordaba bien de algunas charlas íntimas que mantuvieron en tiempos, incluso era capaz de recordar el día exacto. Una de ellas fue durante un verano, justo antes de las vacaciones. Otra en invierno, en la cafetería del instituto. Aquel día frío caminaron juntas de regreso hasta la estación de tren, pero a Rika siempre le había rodeado un halo de misterio, como si buscase alejarse de los demás. Su conversación tuvo algo íntimo, eso pensó Yuko al menos, y aun así tuvo la sensación en todo momento de que parecía que se alejaba de ella, que la atmósfera que las había envuelto un instante antes se disolvía, se desvanecía hasta convertirse en otra cosa indefnible. Yuko siempre tenía esa misma sensación con ella. Quizás por eso solo hablaron en contadas ocasiones. Quizás por eso nunca tuvo la posibilidad de acercarse a ella con naturalidad y su relación nunca llegó a convertirse en una verdadera amistad.

A lo mejor por todo eso, cuando la Rika adulta del encuentro de antiguas alumnas se acercó a ella en la reunión, a Yuko le olió al mismo jabón fresco de siempre y se puso tan contenta que el corazón se le desbocó.

–Estoy nerviosa –le dijo Rika–. Parecen todas mujeres adultas.

–Tú también lo eres –le dijo Yuko.

El comentario debió hacerle gracia porque soltó una carcajada.

–Por cierto, ¿tienes tarjeta de crédito? –le soltó ella de repente.

–No, aún soy estudiante...

–¡Ah, sí! ¿Sigues en la universidad? Te admiro. Los estudiantes no reúnen los requisitos para obtener tarjetas de crédito. De todos modos, si necesitas una, llámame. Tenemos una que llamamos Love and Earth que dona una parte del gasto que haces a Unicef. Yo antes estaba en contra de las tarjetas de crédito, pero si sirven para ayudar a alguien me parece muy bien.

Sacó del bolso una funda de piel para tarjetas de visita y le dio una. Tenía impreso el nombre de una conocida empresa de tarjetas de crédito y un poco más abajo se leía: «Departamento de Ventas. Rika Kakimoto». Como había estudiado un grado medio, pensó Yuko, ya había empezado a trabajar.

–No te hablo de todo esto porque la empresa me obligue a vender determinado cupo, pero nuestras excompañeras parecen estar interesadas en el tema del voluntariado y ya que te haces una tarjeta, mejor que sirva para algo, digo yo. ¿No te parece? ¿Por qué no me das tu teléfono?

Yuko no tenía tarjeta de visita con la que corresponderle y se precipitó a buscar en el bolso un pedacito de papel donde apuntar su número.

–Aún vivo con mis padres. Mi teléfono es el de siempre, pero te lo doy por si acaso.

Anotó su nombre, dirección y teléfono, y le dio el papel a Rika.

–Gracias. Bueno, hablamos más tarde.

Cuando se marchó notó un ligero aroma como de lirios del valle. Por eso parecía más mayor, pensó Yuko mientras

contemplaba la tarjeta que acababa de darle. Trabajaba y seguro que ella solo le parecía una niña. Yuko esperó durante toda la reunión a que cumpliera su palabra y volviera a acercarse a ella para hablar, pero se pasó todo el tiempo de cháchara con las demás y cuando la reunión estaba a punto de terminar cayó en la cuenta de que ni siquiera la había llamado por su nombre porque probablemente lo había olvidado.

Después de aquel día esperó su llamada para hablarle de la tarjeta de crédito, y lo hizo expectante y molesta a partes iguales. Tal vez era cierto lo que le había dicho, no le obligaban a cumplir un cupo de nuevos contratos, y por eso la llamada nunca se produjo.

Se acordaba del episodio con pelos y señales, pero por primera vez cayó en la cuenta de la parte cómica de aquello. Dentro de poco iban a hacer veinticinco años desde que se graduó del instituto. La última vez que la había visto, la segunda ocasión desde entonces, fue en esa otra reunión de antiguas alumnas siete años antes. No intercambiaron una sola palabra y Yuko no le prestó atención, por lo que ni siquiera se acordaba de su aspecto. En cualquier caso, todas habían cambiado mucho ya para entonces y, sin embargo, cuando se acordaba de ella aún veía a esa hermosura que olía a jabón fresco y no podía dejar de preguntarse en qué se habría gastado los cien millones de yenes. Entonces, le daba por pensar que todo era mentira, Rika Umezawa tan solo era una desconocida para ella y no sabía absolutamente nada de las circunstancias de su vida actual.

La mujer de delante terminó de pagar y se alejó de la caja. Yuko se apresuró a colocar la cesta en el mostrador de la cajera. Como llevaba su propia bolsa le descontaron cinco yenes. Pagó con los dos mil que llevaba en la cartera, se guardó unas cuantas bolsitas de plástico de cortesía para los congelados y lo metió todo en la suya. Si solo llevaba encima esa

exigua cantidad de dinero era para no gastar más en cosas prescindibles.

Se dirigió al aparcamiento a por su bicicleta y se dio cuenta de que se había olvidado de comprar la tela que le hacía falta, pero si volvía se le echarían a perder los productos congelados. Se resignó. Dejó la bolsa en la cesta de la bici, la sujetó con una redecilla y empezó a pedalear. Lucía el sol. Unas pocas pedaladas bastaron para que las axilas empezaran a sudarle ligeramente. El cielo estaba cubierto y se preguntó si no se pondría a llover en cualquier momento. Pedaleó con fuerza.